

minos que le conducen á aquél: el *ego* y el *alter*. Así también la raza tuvo que reconciliar las tendencias instintivas procedentes de los animales, con las tendencias cooperativas que prescribe la vida social; *y esto lo hizo la raza del mismo modo que lo hace el niño; la raza devino reflexiva, inteligente, y entró en un camino de desarrollo social, en el cual trabajaban juntos dos influjos fundamentales: el interés propio privado y el interés social público.*

Esto conduce á una teoría que es de tan grande importancia para el ulterior desarrollo del contenido de la vida social, tal como en este libro se concibe (1), que yo dejaré su consideración más extensa hasta después de haber examinado los demás elementos que tienen su expresión social; es interesante averiguar si éstos—especialmente la simpatía—vienen á apoyar las conclusiones á que nos han llevado las relaciones de modestia.

§ 3.º—SIMPATÍA

143. El examen de la simpatía se nos hace más fácil desde el momento que esta emoción se ha considerado siempre como un fenómeno crítico en la teoría ética, psicológica y social. Ha sido el punto central de algunos de los conflictos más tenaces en la historia de la ética; conflictos que á veces se hicieron notables por la falta de la actitud que la teoría discutida parecía deber alimentar. Y cuando vemos cuán fecunda en significados es la simpatía, no nos cuesta trabajo explicar el hecho de que se empleara para apoyar esta ó aquella teoría del hombre, con desprecio de la consideración simpática de la teoría opuesta.

Estas discusiones acerca de la simpatía nos han dado, al menos, una descripción muy clara de los hechos, y una teoría generalmente adoptada, hasta cierto punto, acerca de su interpretación. Los psicólogos están generalmente de acuerdo en encontrar necesaria una distinción entre la simpatía

(1) La teoría del «Progreso Social», véase cap. XIII.

«orgánica» y la «reflexiva», semejante á la distinción que se ha hecho de la modestia. La simpatía que demuestra el niño cuando su muñeca se da un golpe en la cabeza ó cuando su padre se tapa la cara y finge llorar, es muy diferente de la que yo experimento por los desgraciados ó por la viuda que pierde á su único hijo. La aparición repentina de violentos fenómenos orgánicos en el niño, sus irracionales é indiscretas expresiones de la emoción, la desaparición de ésta tan pronto como la expresión física ha cedido en parte, la falta de un desarrollo mental suficiente en el período en que se ofrecen estas reacciones para experimentar una simpatía real de reflexión—todas estas indicaciones vienen á justificar la opinión de que en el primer caso se trata de una manifestación orgánica heredada. Esto se hace más evidente por el hecho de que los animales dan pruebas muy notables de esta clase de simpatía. El perro ladra cuando á su amo le ocurre una desgracia ó cuando ve que á un compañero suyo le ocurre un accidente; los fenómenos son tan conocidos y están tan discutidos por un público universal, que no necesito citar ejemplos, que se encuentran con abundancia en cualquier libro de psicología animal. Hay, pues, podemos decirlo sin temor á equivocarnos, una simpatía orgánica además de la simpatía reflexiva.

144. Las manifestaciones físicas de estas dos formas de la simpatía son, además, en el caso de las emociones ya citadas, de la misma naturaleza. La expresión de la simpatía es congénere con la del sufrimiento en general. Todo el sistema muscular adopta cierto aire de decaimiento; los ángulos de la boca caen lo mismo que en la expresión observada en el llanto,—hasta el cual, por otra parte, llega á veces el sentimiento de simpatía;—los movimientos adoptan una actitud general, como la de pedir auxilio al individuo objeto de la simpatía, y la voz revela las cualidades peculiares características de la desesperación en el hombre y de los gritos de dolor en los animales. El niño pequeño revela su simpatía llorando y gritando á la vez. El adulto ó se agita, si por la reflexión

juzga bueno ó útil ceder á las excitaciones de la simpatía, ó manifiesta una serie de movimientos intranquilos y una actividad sin objeto para sacudirse las tensiones incómodas que la simpatía excita en su sistema orgánico y muscular.

145. La importancia de la simpatía, considerada como una reacción específica, me parece bastante clara, y marcha á la par con las consideraciones que ya hemos hecho respecto de la modestia. Existiendo la simpatía orgánica en el niño mucho antes que la reflexión, y observándose también en los animales, que no dan señales de ser capaces de reflexionar, debe considerarse como signo de reflejos instintivos en el niño. Entrando en el período que tiene su correspondiente en la progenie animal, nos da un ejemplo de la recapitulación, á partir de la serie animal. Y el significado de este hecho en el niño, obscurecido como está por la rapidez con que pasa á otras direcciones características humanas, es el mismo que en los animales. En la familia animal, la simpatía constituye una gran parte del instinto familiar como tal. Representa lo extremo de las relaciones animales de parentesco; y algunas de sus manifestaciones constituyen los fenómenos más extraordinarios de la vida entera. Por ejemplo, algunos animales feroces, que se deleitan bebiendo sangre, distinguirán, sin embargo, la sangre de los miembros de su propia especie, ante la cual mostrarán una actitud decaída y triste.

Los animales carnívoros lamen la sangre de las heridas de sus compañeros con una expresión perfecta de lo que en nosotros es, en circunstancias semejantes, compasión y dolor; dominando de este modo los apetitos más feroces de su naturaleza, que generalmente excita el sabor de la sangre. Y es más notable esto, cuanto que otros animales no establecen esta diferencia, devorando la sangre de sus congéneres con buen apetito. Por otra parte, la existencia de las tribus caníbales entre los hombres nos sirve de punto de comparación, que nos permite sugerir la idea de que retrocediendo hacia los animales en busca de nuestro origen, al-

canzamos quizá un linaje más noble, en ciertos respectos, que si nos detenemos antes de llegar á ellos.

El canibal humano, por otra parte, es, naturalmente, una excepción, y puede representar un caso relativamente aislado de desenvolvimiento ó de decadencia; de cualquier modo que sea, su presencia en el mundo no nos impide comprender la simpatía animal. Ni aun el canibal se come á sus hijos ni á los miembros de su propia tribu. Son para él algo como él mismo; del mismo modo que los cachorros son para la perra algo como ella misma, y como el niño humano es para sus padres algo como ellos mismos. Y debemos considerar las reacciones simpáticas de los animales —y por analogía las de los primeros tiempos humanos— como pruebas de la forma extrema de la tendencia cooperativa, antes de la aparición de la facultad reflexiva.

146. Viniendo ahora á la forma reflexiva de la simpatía, que el niño empieza á mostrar tan pronto, y que es uno de los más fuertes y útiles elementos de su naturaleza humana, encontramos un estado de cosas notablemente semejante con el que hemos descrito al hablar de la modestia y de la vergüenza. Además, los hechos son aquí mucho más claros, gracias á los estudios hechos por los psicólogos y moralistas. La aparición de la simpatía reflexiva está, evidentemente, en función de la idea del yo. Como hemos visto, el pensamiento del *ego* y el del *alter*, teniendo en el fondo el mismo contenido, excitan el mismo género de emoción; de tal modo, que la noción de dolor, de súplica, de alegría, de rebelión, etc., que uno siente por sí mismo, deben haber nacido también cuando apareció el mismo pensamiento de la personalidad con el término descriptivo «otro» unido á aquél. El progreso del niño para establecer la antítesis entre el *ego* y el *alter*, distinción bien fija, y hasta materialmente señalada, no impide esta necesidad de su pensamiento. El precioso motor que representa el pensamiento del yo debe ser capitalmente el mismo, ya sea yo ó tú, aquel á quien se refiere la experiencia particular; así las reacciones de descanso, de llanto, de

rebelión, de desfallecimiento, etc., se ofrecen tanto en presencia de la suerte de otros como cuando la víctima es uno mismo. En el último caso, naturalmente, las sensaciones corporales efectivas del medio presente, ó los testimonios de continuidad en mis pensamientos, recuerdos, acompañantes locales, etc., pueden bastar para impedirme que cometa un error en mi identidad, y para que piensen que el que siente soy realmente yo; pero aun esto puede no ocurrir en casos de alta excitación simpática. A veces se borran los límites externos, y hasta los internos, entre tú y yo, y siento tu desgracia como realmente mía. Esta tendencia es, naturalmente, el origen de las emociones del teatro, donde se pone el mayor empeño en esta especie de ilusión de que estoy hablando. Y en ciertos casos muy frecuentes y duraderos de confusión entre el dolor real y el dolor fingido ó histórico, hemos de tratar al paciente como víctima de un proceso anormal, que, sin embargo, en su raíz y valor, es la simpatía normal.

La simpatía reflexiva, pues, es claramente un producto social. Es el resultado inevitable del desarrollo de la reflexión; y la reflexión es precisamente una relación de separación establecida entre el *yo-ego* y el *otro-yo*. Si no hubiera idea del *otro-yo*, no existiría la reflexión, ni, por consiguiente, la simpatía. En la simpatía orgánica, la relación es una reacción orgánica debida á la selección natural según todo lo indicado (1); la simpatía reflexiva reafirma el valor social de la reacción, la utiliza, y al descubrir las relaciones de las personas por sí misma, de un modo reflexivo y crítico, depura las reacciones y las incorpora á las instituciones de la vida social. La simpatía reflexiva viene á reemplazar muchas cosas que son, en sus primeros bosquejos, biológicas y meramente adaptivas; y por medio de ella las leyes de la adaptación orgánica toman un aspecto característico del orden racional.

(1) Cons. apéndice D.

En este punto, por último, debe hacerse referencia á otros estados emocionales que tienen más ó menos valor en la vida social. Me refiero á la clase de emociones designadas con los nombres de «celos», «orgullo», «vanidad», etc. Estos entran fácilmente en el concepto general de un yo en vías de desarrollo, al cual he referido las simpatías. Las emociones de orgullo se refieren al yo habitual agresivo, dominante, y son de importancia principalmente para explicar ese aspecto del desarrollo del yo. Hay, sin embargo, ciertos hechos sociales que después mencionaremos y que hacen oportuna su cita en este lugar.

En los celos, parece que tenemos una emoción en que el doble recurso de nuestra explicación puede emplearse de lleno. Examinando los celos reflexivos en el hombre, podríamos decir que representan una segunda «intención» del sentido del yo, una doble reflexión. Porque para estar celoso de otro, no es solo necesario pensar de él, como de quien también piensa de uno mismo, y colocarse así en la actitud que caracteriza la simpatía; no basta esto. Hay además la ulterior consideración de que lo que él experimenta, es diferente y más deseable que lo que experimenta uno. Esto es posible sólo sobre la base de un contraste entre las ideas del yo y del otro, tan marcado como la identidad en que descansa la emoción simpática. Puede, por tanto, describirse como un estado de simpatía mantenido á raya y contrarrestado por las tendencias egoístas nacidas del conocimiento de la causa que contribuye á la dicha de otro. Esto por el lado de la forma reflexiva superior de los celos.

Podríamos pensar, en vista de la complejidad de este estado del espíritu, que es difícil encontrarlo en los animales; sin embargo, se encuentran en ellos los celos en un grado notable; son proverbiales los celos que sienten los perros unos de otros, de los animales y hasta del hombre.

Sin embargo, es imposible decir que los perros tengan este doble juego de actitudes acerca de la idea del yo. En efecto, la existencia de celos extremados entre los animales

sirve para aclarar las dos especies de la expresión emocional y para exigir que reconozcamos dos principios en su origen. En el origen de los celos orgánicos tenemos el influjo complejo, pero directo, de la selección natural. Cuando pensamos en él vemos que ese instinto es de utilidad directa para el perro, porque le mueve á arrojarse sobre su rival y, si lo vence, á conseguir la cosa apetitosa que su rival posee. Como complicación de la simpatía, considerada también como instintiva en los animales, parece esto un derivado necesario de la ley de la utilidad; porque el perro cuyas simpatías por otro no sufriesen esta modificación, permanecería inactivo y moriría, mientras los demás vivían, aun cuando la competencia para los alimentos fuese dura. Su mayor delicia sería ver comer á los demás. Los celos orgánicos, pues, parecen ser un producto biológico, que desempeña á veces en el animal el papel del egoísmo reflexivo que se observa en los celos superiores del hombre.

El resultado general, pues, confirma hasta ahora nuestras primeras conclusiones. Las reacciones de simpatía marchan en corriente continua desde las adaptaciones de la utilidad orgánica animal hasta los usos de la vida social reflexiva, dando así una prueba adicional de que la esfera superior de nuestra naturaleza emocional no está separada por una solución de continuidad de los principios más modestos de los órdenes inferiores de la vida social. El niño pasa sin un salto brusco—en efecto, jamás conoce la transición—de la sociabilidad orgánica á la reflexiva; y la presencia de la primera favorece á la última durante todo su camino, así como la existencia de la primera en los comienzos hace posible la existencia de la segunda. Lo mismo ocurre en las reacciones emocionales á que ahora vamos á dirigirnos.

§ 4.—LA EMOCIÓN SOCIAL PROPIAMENTE DICHA: LA OPOSICIÓN PERSONAL

147. El lugar de la emoción en la vida mental y el fin á que sirve, nos haría esperar que después de haber apare-

cido y de haberse consolidado la vida social, habría formas peculiares de la experiencia emocional nacidas de las relaciones y adaptaciones que entonces adquieren tanta importancia en la vida humana. La emoción es, según la opinión general, el acompañamiento de los medios habituales de acción en la esfera orgánica, tan fijo y tan regular, que se ha estereotipado en el sistema nervioso. Dada, pues, una cosa tan constante como la relación social en todos sus sentidos, en la evolución de la humanidad, sería extraño que no hubiera nacido con una *emoción de sociedad* característica y con un medio de acción instintiva y correlativa. Hay dos clases de fenómenos admitidos generalmente como distintamente sociales, y aunque, por su misma naturaleza, muestran propiedades que dificultan su clasificación bajo el título de «emoción» usado en un sentido completo, sin embargo, las observaciones siguientes confío en que justificarán el que las traiga á este lugar. Una de ellas es el grupo de fenómenos, que entra dentro del nombre de *sugestibilidad* en la psicología común, y la otra clase está constituida por el sentido ó la emoción del *juego*. Estas definiciones generales nos son ya en parte familiares desde las primeras descripciones; pero hay nuevas consideraciones que hacer en relación con nuestro actual asunto.

148. I. En primer lugar, ocupémonos de los hechos relativos á la «sugestibilidad» social.

La literatura de la sugestión, y la del valor social de ésta, está haciéndose en los últimos años muy importante; y por otra parte, la discusión de este asunto ha dado á la psicología social su aspecto más importante. Las obras de Tarde, Sighele, Guyau, Le Bon, y otros, han revelado la verdad de que la sociedad en ciertos momentos no es más que una multitud guiada por sugestión y solo por sugestión, y que este caso no es más que una exageración del influjo general de la sugestión en las relaciones sociales. La sugestión hipnótica ha dado una guía para las investigaciones que se han rea-

lizado con interesantes resultados (1); y por último, las condiciones de desarrollo del niño se ha visto que contienen una gran cantidad de elementos de este orden (2). En efecto, ciertas secciones de los capítulos anteriores de este libro demuestran que el influjo de la sugestión en el progreso del individuo es bastante grande. El desarrollo personal del niño no solo está constantemente estimulado por aquellos influjos sugestivos que hemos designado con la palabra general de «tradición», sino que este progreso se ve aún más constantemente combatido por el mismo sistema de influjos. Decir, pues, que es capaz de sugestión, equivale á nombrar con una palabra completamente anodina el único método del progreso en la vida. Examinando á grandes rasgos los modos de acción del niño, observamos que la acción y reacción social llega á constituir para él un hábito, su ejercicio una fuente de gran goce, y la falta de ella, en el aislamiento, el origen de un intolerable malestar, de irritación y de rebeldía. La anticipación de aquellas relaciones es en su pensamiento un elemento constante del valor de la vida y de su distinción.

El círculo social de un hombre es la parte de su medio que despierta en él, aun cuando él no lo piense activamente, las más profundas reacciones de su naturaleza personal. Y sin darse él cuenta de ello le llama á los sentimientos superiores de respeto de sí mismo, de dignidad, de actividad ideal, ó á los opuestos. Estos aspectos subjetivos de la vida social jamás han sido nombrados como lo han sido las emociones, que llevan consigo las distintas reacciones orgánicas, por la razón de que son tan varios sus efectos en la vida mental y de que no tienen acompañamientos físicos precisos. Lo más próximo á que uno puede llegar en su clasificación en el lenguaje psicológico es quizá á comprenderlos bajo los dos títulos de «Imitación»—que comprende todos los fe-

(1) Sin embargo, Tarde y Royce le han dado quizá demasiada importancia.

(2) Baldwin. *Mental Development*. Cap. VI.

nómenos del contagio y de la atmósfera social, la adhesión á las convenciones, la conformidad con la moda, la costumbre, etc.,—y «Oposición» (1), usando esta última palabra en su sentido más amplio, y comprendiendo en ella toda tendencia á la revolución, toda resistencia á las convenciones, toda porfía social, el amor á la innovación, etc.

Los dos aspectos opuestos que hemos hecho resaltar, corresponden á la antítesis entre las tendencias «conservadora» y «radical», y sin embargo, la distinción actual es, como veremos, algo diferente, puesto que el extremo de la sugestibilidad social se extiende tanto á las novedades como á los usos establecidos de la sociedad; y el extremo de la oposición, tal como ahora la definimos, llega á conducir á la protesta personal como hábito, tanto contra lo establecido, como contra las nuevas formas de la sugestión actual. Cada uno de estos dos aspectos presenta fenómenos constantes y marcados dignos de cierta consideración. Al primero, lo llamé «imitación plástica» en mi obra anterior (2)—la simple tendencia á ceder al impulso de la emoción de conformidad con los usos sociales—y bajo esta frase examinaré algunas de sus fases después de las ligeras observaciones siguientes acerca de la «oposición.»

149. Los fenómenos de oposición se muestran del lado de la independencia individual y de la confianza en sí mismo, así como los fenómenos de la acción de la multitud se ofrecen por el lado de la sociabilidad. Sin embargo, los primeros brotan del mismo movimiento general del sentido

(1) Después de escrito esto (y demasiado tarde para utilizar lo yo), Mr. Tarde ha publicado una obra sobre la «Oposición» que trata de los hechos y leyes, contrarios á los de la «Imitación». La palabra «Oposición» puede también recibir este significado técnico en la ciencia social. (Véase el *Diccionario de Filosofía* del autor, *Oposición social*.)

(2) *Mental Development*. Cap. XII, § 2. Plástico por la condición móvil de la multitud influida por una enérgica sugestión. Hasta donde yo conozco, nadie ha propuesto otro nombre para esto. Groos ha empleado después el término «Imitación plástica» (*Play of Man*, trad. inglesa, págs. 313 y sigs.) para la imitación de lo plástico (como en el arte, incluso el dibujo).

personal que los últimos. Hay ciertas fases en su desarrollo que aparecen como oposiciones más ó menos llamativas; y éstas serán las que yo voy á señalar. Entran en los menos importantes y más incidentales artículos en el inventario de los sucesos sociales, como se hará más evidente en un capítulo ulterior por el examen de las oposiciones que pueden producirse entre el individuo y la sociedad (1).

1.º) En la «sugestión contraria» del niño, tenemos una manifestación muy temprana de la oposición social. En otro lugar he indicado que esta clase de sugestión nace, ó por la asociación de ideas unida á ciertas propiedades de antagonismo muscular, ó por una tendencia activa á la exageración de la personalidad en el espíritu del niño. De la primera no nos ocuparemos porque pasa muy pronto en el desarrollo del niño. La última razón para esta idea de contradicción, nos conduce á un segundo y más importante aspecto de la oposición.

2.º) El sentimiento del yo en un niño que se desarrolla, se hace subjetivo principalmente por su experiencia de la actividad, de la volición. Esto se ha explicado ya completamente. Este sentido de la actividad en desarrollo de la facultad de producir efectos por sí mismo, es el que le pone en camino de una invención relativamente útil y fructífera. Del grado en que esto es favorecido, alentado, ó en algunos niños solamente permitido, depende el que el pequeño agente alcance una atrevida independencia que le coloque en oposición social. Se complace en el «yo agresivo» que legisla para los demás. Según las palabras de un autor (2), «uno de los fines más psicológicamente poderosos de la vida social, es el de encontrar un yo distinto de todo otro yo»; esto es quizás algo exagerado, pero nadie pondrá en duda que ese fin es real. Lo vemos en los atributos del carácter, tan estimados

(1) En las sanciones sociales, Cap. X, donde se trata de los conflictos intelectuales y morales.

(2) El Pr. Royce.

bajo los nombres de «individualidad», «amor propio», «respeto de sí mismo», «juicio personal», etc. (1).

3.º) Hay todavía otra fase de oposición social que mereció también alguna atención en nuestras primeras páginas; es el sentido del *esprit de corps* social que va unido al círculo ó grupo, dentro del cual se ha desarrollado nuestra conciencia social. El yo común de mi grupo, piensa uno, es el propio yo común; y si otras sociedades no reconocen sus reglas y convenciones, y aun más, si por acaso violan sus principios esenciales, son injustas. Su socio está en un error; debe haber oposición entre él y nosotros. Así nace una cierta rivalidad de tribu, de familia, de nación, con una exageración vehemente de los caracteres que le son propios.

En todos estos casos debe notarse que tratamos de episodios de productos secundarios del progreso principal, ya sea del individuo, ya del grupo, á cuya vida común contribuye su desarrollo. Su evolución imitativa es la base necesaria de todas estas oposiciones. Y en tanto que la una es esencial—la imitación—la otra no lo es. La función capital de estas

(1) Véanse también las observaciones hechas antes (sección 75). «Encontramos la volición ejerciéndose con motivo de la imitación, una forma superior de imitación llamada «persistente», en que el niño no se contenta con el grado de éxito que le proporcionan sus antiguas reacciones, sino que procura obtener cosas mejores. Entonces el instinto imitativo en su transición sufre una violencia extrema, producida por su propia transformación en volición. En ésta la actividad del actor instruye á éste. Aprende su poder de resistencia y de conquista, á la vez que su debilidad y su subordinación á un modelo. Y el niño, en este conflicto entre la imitación (impulso) y la sugestión (innovación), rompe con todo y se convierte en un inventor, en un agente libre. En efecto, hemos encontrado un tipo de acción expresado en la frase sugestión «contraria» ó «caprichosa», en el cual precisamente esta rebelión entra en vías de hecho. El niño *no quiere* imitar. Esto no quiere decir, sino que no quiere imitar lo que otros quieren que imite, sino lo que él prefiere. Naturalmente el final es que imita aquello mismo. Pero la diferencia es absoluta. Un niño rebelde ha aprendido las lecciones de la volición, ha pasado de la sugestión á la conducta. Se ha elevado del segundo al tercer grado, y está en disposición para ser un genio». Baldwin, *Mental Development*, páginas 429 y siguientes.

oposiciones, tanto en el progreso de la sociedad como en el del individuo, es la de mantener vivo el sentido de la individualidad, la de producir el vigor del fin y de la conducta en los individuos, con un consiguiente enriquecimiento del capital de materiales imitables por medio de la invención. Sirve también para la experimentación y para la prueba de los sistemas rivales, que favorecen el desarrollo de las aptitudes (1).

150. En cuanto á los hechos de la imitación plástica, son tan señalados y de observación tan común, que me con-

(1) La discusión del Progreso Social en el cap. XIII, concede la importancia que merece á esta inventiva constante y á su necesidad para el progreso social. Una teoría de la oposición de este tipo emocional, que le da más importancia de la que yo mismo podría concederle, es la contenida en la carta del Profesor Royce, á la cual acabo de referirme, y que me complazco en citar aquí.

«Creo que hay aquí un factor muy general olvidado que merece más estudio. Una gran parte de las funciones sociales consiste en producir deliberadamente lo que yo he llamado «efectos sociales de contraste». La curiosidad, la crítica, la obstinación social, la murmuración acerca de nuestros vecinos, la oposición, la réplica, el juego social de los sexos en todas sus formas deliberadas, todas estas son funciones, cuyo fin consciente es no reducir á la unidad, ni suprimir las variedades, sino buscar, recoger y comentar las diferencias entre los individuos. Estas funciones constituyen una buena mitad de la vida social consciente. Obscurecen para mucha gente los elementos imitativos que realmente son universales, hasta tal punto que para la mayoría de la gente el descubrimiento de la universalidad de la imitación constituye una sorpresa, semejante á la de descubrir que uno ha hablado siempre en prosa. Pues bien, como digo, una gran parte de la inventiva individual, es una función debida á la aparición de los efectos sociales de contraste. Si ilumináis el contenido de mi conciencia por algún contraste nuevo con las ideas de otro, veo en mí lo que nunca ví hasta entonces, y entonces tengo «una idea nueva».

Uno de los fines más psicológicamente poderosos de la vida social es el de encontrar un yo distinto de todo otro yo. El fin es muchas veces vano y sus expresiones conscientes están llenas de ilusiones divertidas para el observador; pero en todos los grados de la organización social, desde los niños que juegan en la plaza, hasta las naciones que se mantienen pertinazmente apartadas unas de otras, disputándose la gloria y elevando las tarifas, se puede afirmar con una fuerza casi igual á la definición de Tarde, que la sociedad es una exhibición mutua de contrastes mentales.

tentaré con nombrar algunos de los ejemplos más notables, citando después los autores que los han tratado con determinimiento. Una gran parte es la de lo que se llama la «moda» en materias de trajes, de usos domésticos, de disposiciones para las funciones sociales, tales como los anuncios de empleos, los partes de matrimonio, los funerales, etcétera; en una palabra, todos los asuntos de nuestra vida social externa con motivo de los cuales preguntamos, «¿estará bien visto?» antes de decidimos á hacerlo. El hombre á la moda es un ejemplo de la imitación plástica. Demuestra una cierta sensibilidad para las expresiones más triviales del juicio social que pueda merecer. Todo esto no es más que imitación; porque solo en sus grandes líneas puede decirse que son deliberadas estas manifestaciones sociales. En su mayoría y en los detalles son convenciones que han brotado por accidente ó por la sugestión de algún «leader» social, y se han establecido gracias á la tendencia hacia la conformidad que caracteriza al término medio del hombre social. La misma tendencia se extiende también á la vida intelectual. Hay en cada sociedad y en cada época un estilo de pensamiento, una preferencia general por esta ó aquella clase de asuntos, que en gran parte se debe á la sugestión y á la imitación sociales. Esto puede llegar solo á las cosas más superficiales del espíritu, en las cuales señala la moda la prensa periódica; ó bien puede reconocerse como una corriente más profunda en la historia de la literatura y del pensamiento humano. A veces, las grandes ideas se extienden repentinamente sobre un pueblo, ideas que habían permanecido durmientes durante largos períodos, solo porque ningún leader del mundo intelectual las había adoptado y puesto de moda. M. Tarde ha intentado determinar las leyes de estos movimientos y yo recomiendo su libro para más detalles (1).

En la vida emocional se encuentra el mismo género de cosas en lo que suele llamarse el «contagio» de los senti-

(1) Tarde, *Le Lois de l'Imitation*.

mientos. Una emoción puede extenderse por una reunión de gentes con una intensidad completamente desproporcionada con su origen en la vida, ó en el pensamiento ordinario del individuo. Sighele ha establecido este principio con gran riqueza de ejemplos (1), y un autor moderno ha intentado un cálculo del efecto sobre un individuo; confundido en una multitud, de todas las sugerencias que recibía de las expresiones emocionales y vocales de los demás miembros de la multitud. Le Bon (2) ha pintado también recientemente y con mucha viveza la conducta de las multitudes bajo la sugestión social que les hace moverse en masa en busca de una idea cuya expresión hiere el oído y excita los impulsos.

§ 5.—TEORÍA DE LA ACCIÓN DE LA MULTITUD

151. Con estas descripciones á la vista referentes á nuestro objeto, podemos buscar el lugar de esta clase de fenómenos en la teoría de la evolución social. En primer lugar, se puede decir, con alguna seguridad, que la tentativa de formar un concepto fructífero de la sociedad por los actos de la multitud dominada por el influjo de estas sugerencias imitativas, me parece arduo y antifilosófico en extremo. Si el reino de la moda en la costumbre social, en el pensamiento y en el sentimiento, y el reino de la sugestión en la multitud, son capaces de proporcionar los datos para la fórmula de que depende el movimiento de la sociedad actual, también los movimientos pasados y futuros del desarrollo social deben explicarse por la misma fórmula. El agua no puede elevarse á mayor altura que la de su origen. Si la acción de la multitud es el nivel del estado social moderno, entonces multitud debe haber sido siempre la sociedad, y multitud seguirá siendo. Las fuerzas reales impulsivas deben en ese caso haber sido los individuos cuya ley ó capricho rige las masas. Necesitamos ver el lugar de la acción colectiva en el

(1) Sighele. *La Foule criminelle*.

(2) Le Bon. *La Foule*.

movimiento social, para colocar las sensaciones emocionales que el individuo siente en presencia de una sugestión social enérgica, juntamente con el resto de su vida mental, y para preguntar hasta qué punto constituye un elemento permanente en sus actividades sanas, ó en las actividades sociales que han quedado cristalizadas en los juicios de su época. Una vez hecho esto, se ve inmediatamente que estos influjos plásticos son en sí mismos meros actos espontáneos, excepto cuando se apoyan en los movimientos más profundos del medio social, ó representan los movimientos más profundos de la vida mental individual. Sólo entonces tienen vitalidad; pero no porque sean objeto de sugestión en la multitud. Su valor, por el contrario, procede del hecho de que representan fuerzas ya eficaces. Estoy dispuesto á decir, tratando de comprender el carácter de esta clase de sugestión social en una sola frase, que el espíritu de una multitud es una cosa esencialmente temporal, inorganizada, no efectiva. Y se pueden citar sus caracteres más particulares en demostración de esto. Casi no valdría la pena de tratar el asunto si no fuera para explicar semejante fenómeno social, y por la escuela de autores que se empeña en pensar que describiendo la multitud resuelven los problemas de la vida social. Además; espero poder arrojar alguna luz sobre las fases más sutiles de la sugestión social.

Las características de las sugerencias sociales sobre que opera la multitud, demuestran que no son más que sugerencias. No son verdades, ni argumentos, ni ideas, ni invenciones. Son fragmentos cogidos acá y allá, briznas, muchas veces palabras y nada más que palabras. El tipo del proceso mental que se exige para la recepción de estos proyectiles del espíritu, está también muy exactamente caracterizado por la palabra «sugestibilidad». El espíritu sugestible tiene señales muy bien conocidas. Balzac se da cuenta de ello en *Eugénie Grandet*, cuando pregunta: «¿será posible que el hombre, colectivamente, no tenga memoria?» Podemos recorrer la lista de las funciones mentales haciendo la misma pregunta para